

NEW LEFT REVIEW 148

SEGUNDA ÉPOCA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 2024

ARTÍCULOS

TOM HAZELDINE El retorno del Partido Laborista 7

ENTREVISTA

ARIELLE ANGEL Abandonar Sión 27

ARTÍCULOS

NATHAN SPERBER La crisis francesa 47

JOSHUA CRAZE Taxonomías del hambre 71

ROHANA KUDDUS Las redes dinásticas de Indonesia 93

JULIAN STALLABRASS Memorias del presente 133

ENRICA VILLARI Entre la historia y la teoría 151

JAN BREMAN & MARCEL VAN DER LINDEN Migración: una visión desde abajo 165

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

ts traficantes de sueños



ARIELLE ANGEL

ABANDONANDO SIÓN

Durante los últimos años Jewish Currents ha sido el centro intelectual en el seno de la comunidad judía de las tempestades provocadas por el debate multifacético e intergeneracional desencadenado en torno a la ruptura con Israel por su estrategia de ocupación y, en particular, por la guerra lanzada contra Gaza. El proyecto de Jewish Currents, que incluye un periódico impreso, artículos en línea, boletines semanales, podcasts y actos públicos, ha contribuido a desarrollar una crítica de izquierda exhaustiva y ambiciosa sobre la estrategia del establishment judío-estadounidense, la cual ha sido presentada esencialmente como «asimilacionismo en la forma estadounidense más sionismo». Al publicar voces palestinas procedentes de Gaza, de Cisjordania y de la diáspora, la revista ha roto una serie de tabúes vigentes en Estados Unidos, especialmente mediante la promoción de un plan concreto para que los refugiados palestinos puedan ejercer el derecho al retorno, lo cual constituye el punto de partida de lo que un escritor ha denominado el duro trabajo de «descolonización, reparación y reconciliación»¹. Tus propios escritos y reflexiones como editora jefa de Jewish Currents han desempeñado un papel central en todo esto. ¿Podemos empezar preguntándote sobre tu formación personal, tus antecedentes familiares, tu educación y tu radicalización?

NACÍ EN 1984 en Washington DC, pero a los tres años me trasladé a Miami, donde crecí. La familia de mi padre provenía de la ciudad griega Tesalónica y sus miembros eran judíos supervivientes del Holocausto, que hablaban ladino, lengua que mis abuelos hablaron prácticamente durante toda su vida. Evitaban cualquier cosa relacionada con la religión y realmente se retiraron del mundo sufriendo un trauma persistente, que les acarreo diversos trastornos mentales. A diferencia de mi familia paterna, la familia de

¹ Michael Sappir, carta en *Jewish Currents*, invierno-primavera de 2022.

mi madre era un ejemplo de la experiencia judeo-estadounidense. Por parte de mi madre, la familia de mi abuela venía de Lituania y la de mi abuelo de Palestina, eran judíos de Haifa, cuya lengua era el árabe; todos mis ancestros de esa rama familiar están enterrados allí. Durante las décadas de 1920 o 1930 emigraron a Columbus, Ohio. Cuando llegaron estaban en la indigencia y se toparon con el momento más duro de la Gran Depresión. Mi abuelo materno estudió medicina y se fue a Miami para terminar sus estudios y completar su formación práctica, así que mi madre creció allí. Como puedes leer en el último número de *Jewish Currents*, Miami tiene con diferencia la comunidad judía más conservadora del país. Así que bebí el sionismo como si fuera Coca-Cola.

Probablemente la tuya fue la primera generación judío-estadounidense, que creció bajo el plan de formación que Peter Novick describe en The Holocaust in American Life (1999) y que sitúa en la década de 1970, tras la conmoción provocada por la guerra del Yom Kippur: la inoculación sistemática de la amenaza siempre presente de otro judeicidio y de Israel como la única protección contra él, todo ello concretado en colegios judíos, campamentos de verano y viajes a Auschwitz e Israel.

Absolutamente cierto. Hice todo eso. Estuve en la Marcha de los Vivos, un viaje para adultos jóvenes a los campos de concentración, que culmina en Israel el Día de la Independencia y pasé un verano allí. Fui a un campamento de verano, que inicialmente no era judío, pero que después fue comprado por la Union for Reform Judaism, una organización marcadamente sionista. Y participaba en las actividades de mi propio grupo juvenil en la sinagoga.

¿Qué suponía esto para una chica, el sexismo era un problema?

No era una comunidad religiosa ortodoxa. La misoginia que encontré venía de la cultura *estadounidense*; no pienso que procediera del elemento religioso. Muchas comunidades judías tienen en realidad una inclinación feminista, porque las personalidades femeninas son, por lo menos estereotípicamente, más fuertes. Mi madre puso en marcha el primer fondo para garantizar el aborto de Florida y estaba muy implicada en el activismo a favor de los derechos reproductivos; todavía sigue estándolo. Así que todo eso estaba presente en mi entorno mientras iba creciendo. Sin embargo, el mensaje que absorbí sobre sexualidad y cuestiones de género simplemente por estar en Miami, dado su omnipresente

machismo y su tóxica hipersexualidad, fue realmente nocivo y me llevó tiempo superarlo.

Un año después del 11S llegué a Nueva York para estudiar artes visuales en la New York University. Estaba en contra de la Guerra de Iraq, pero no estaba interesada en organizarme, tanto porque no era una activista, no sabía qué era eso, como porque cuando iba a manifestaciones encontraba carteles con mensajes como «Abajo el Estado sionista». No entendía qué pintaban allí esas pancartas y me sentía intimidada por tener que afrontar la cuestión de Israel en el contexto de Iraq. Así que asistí a las grandes manifestaciones, pero, por lo demás, no pasé de ahí. Después de la universidad trabajé para organizaciones artísticas sin ánimo de lucro: trabajé un par de años en la fundación Pierre Matisse y pasé un año como artista residente en Carolina del Sur. Di muchas vueltas, pero básicamente me estaba ganando la vida con estas organizaciones sin ánimo de lucro, mientras trataba de escribir una novela.

Entonces vino la acampada en el parque Zuccotti y el movimiento Occupy. Ese momento de politización me influyó y significó algo para mí. Estaba en la escuela de posgrado sacando mi master en Bellas Artes y moviéndome diariamente desde el centro al norte de la ciudad, de modo que no estaba allí todo el tiempo, pero sí pasaba mucho por la acampada y acudí a las convocatorias cuando la policía anunciaba que iba a presentarse y levantar la ocupación. Tenía muchos amigos que estaban muy implicados y fue una experiencia formativa. En aquel momento Israel no pintaba nada en esa experiencia política y desde luego en las actuales circunstancias hubiera sido completamente diferente. Había un chico, Daniel Sieradski, que estaba organizando una vertiente judía de Occupy, algo que fue muy importante para algunas de nosotras, dado que implicaba ver a alguien llevando de modo visible una política judía a estos espacios. En Zuccotti había un servicio Yom Kippur, que fue probablemente una de las experiencias judías más significativas de mi vida, aunque no fuera a más; políticamente mi nivel de compromiso no era superlativo.

Lo que realmente me radicalizó fue la guerra que desató Israel contra Gaza en 2014. Yo estaba siguiendo de cerca la cadena de acontecimientos y la historia que me habían contado –las Fuerzas de Defensa de Israel (FDI) como el ejército dotado de los más altos valores morales del mundo y el modo en que la sociedad israelí se relaciona con ese tipo de

militarización— se vino abajo ante la magnitud de las muertes causada a la población civil. Recuerdo haber leído un artículo en *The New York Times* sobre ciudadanos israelíes, que habían subido un sofá a la cima de una colina desde donde se divisaba Gaza para aplaudir las bombas que caían sobre la Franja. Y la famosa imagen de los niños pequeños en la playa, prácticamente decapitados, reventados. Me vine abajo, fue todo de repente. Pasé semanas llorando en silencio. Fueron unos acontecimientos enormemente desestabilizadores. No tenía amigos que estuvieran pasando por lo mismo. No tenía una vida judía o un grupo de amigos judíos y ciertamente ninguno que fuera judío de izquierdas. Entonces fui por mi cuenta a una manifestación de Jewish Voice for Peace y allí conecté con alguna gente que me habló de IfNotNow, que estaba justo empezando a funcionar. En aquel momento eso encajaba más conmigo; estaba alejándome del sionismo, pero todavía no era antisionista.

¿En qué se diferenciaban estos dos grupos, IfNotNow y Jewish Voice for Peace?

Actualmente no estoy segura de que haya diferencias importantes entre ambos, pero en aquellos momentos sí la había. Jewish Voice for Peace es realmente una organización de solidaridad, se moviliza en apoyo de todas las grandes manifestaciones palestinas. IfNotNow era más introspectiva, se centraba en la política intracomunal y en protestas contra el propio *establishment* judío-estadounidense: la AIPAC, la Conference of Presidents of Major American Jewish Organizations, la Anti-Defamation League, la Jewish Federation, etcétera. En su primera acción, los activistas de IfNotNow bloquearon el vestíbulo de la Conference of Presidents y fueron arrestados. En la actualidad, IfNotNow también realiza tareas más solidarias y Jewish Voice for Peace también hace trabajo intracomunal: hay gente que actúa dentro de ambas organizaciones. Estuve muy comprometida con IfNotNow durante varios años. Estaba a punto de cumplir 30 años, lo que me convertía en un personaje atípico; la mayor parte de los activistas eran mucho más jóvenes, gente que, a la luz de los acontecimientos en Gaza, estaba asimilando por primera vez que las cosas que les habían contado no eran ciertas. Al principio había un montón de reuniones que parecían sesiones de terapia, se hacían preguntas como, «¿qué vamos a hacer ahora?», «¿qué hacemos con nuestras familias?», «¿cómo vamos a avanzar?».

¿Por qué piensas que los ataques de Israel contra Gaza en 2014 produjeron una respuesta mucho mayor en Estados Unidos que las agresiones de 2008 y 2012? ¿Había otras cosas que también estaban cambiando después de la crisis financiera, Occupy y el comienzo de Black Lives Matter?

Un montón de gente está buscando la respuesta a esa pregunta. ¿Por qué en 2014? Creo que la fecha se corresponde con el ascenso de la izquierda contemporánea tal y como la entendemos. Occupy fue en 2011. El asesinato de Trayvon Martin en 2012. Muchas de esas personas habían estado implicadas en esos movimientos y estaban afrontando cosas con las que no se habían topado antes, pero también hay que recordar que en 2014 el número de muertos en Gaza fue más elevado, mucho más elevado; antes del 7 de octubre de 2023 fue la última gran matanza masiva.

¿Cómo te uniste a Jewish Currents?

En cierto modo estaba en el lugar adecuado en el momento adecuado. La novela en la que había estado trabajando durante siete años no encontró editorial y yo andaba bastante deprimida por ello. Había estado investigando la teología jasídica, era un libro muy teológico que aparentemente no llegaba a un potencial lector de ficción. Escribí un ensayo sobre el fracaso a la hora de publicarlo, que readaptaba parte de esa teología; apareció en *Guernica* en 2017. Jacob Plitman, que acababa de ser contratado para hacerse cargo de *Jewish Currents*, leyó el ensayo y se puso en contacto conmigo proponiéndome escribir para la revista. Congeniamos rápidamente.

Para Jewish Currents las generaciones culturales judeo-estadounidenses han sido una cuestión importante. Muy esquemáticamente podemos decir que la primera generación estaba formada por los migrantes de habla yidis, nacidos entre 1900 y 1930, y que eran mayoritariamente los supervivientes del genocidio nazi. La segunda fue la generación de los nacidos después de la Segunda Guerra Mundial en Estados Unidos, que alcanzaron la mayoría de edad con la guerra de 1967 y la ocupación israelí de Gaza y Cisjordania; durante ese periodo también se produjo el ascenso de una poderosa burguesía judeo-estadounidense, que se fusionó con la clase gobernante autóctona en la actividad empresarial, la política, los medios de comunicación y la justicia. Ahora viene tu generación, que se está radicalizando tanto contra la estrategia de la ocupación israelí como contra el establishment judeo-estadounidense. ¿Cómo situarías a Jewish Currents dentro de este contexto generacional?

Jewish Currents fue fundada en 1946 por esa primera generación como la revista del Partido Comunista de Estados Unidos para la comunidad judía. Entonces se llamaba *Jewish Life*. Morris Schappes, que fue su editor durante la década de 1990, había nacido en la Rusia imperial en lo que actualmente es Ucrania, y su familia había llegado a Nueva York en 1914. Se unió al Partido Comunista en la década de 1930, dio clases en el City College, fue purgado y llegó a pasar un año en prisión por falso testimonio durante la era de McCarthy. En 1956, tras el discurso de Jrushchov, el proyecto de *Jewish Life* se derrumbó; hubo quien se sintió traicionado por la manera en que la revista se había aferrado a la línea del partido. Así que relanzaron la revista ahora como *Jewish Currents*, concibiéndola como una publicación para una «comunidad, no para un partido», manteniéndola para un grupo de lectores cada vez más escasos. En la década de 1990, Morris pasó las labores editoriales a Larry Bush, un hombre de la segunda generación: nacido en Nueva York a principios de la década de 1950 en una familia con credenciales y simpatías comunistas, que creció para ser periodista, un poco nostálgico de la cultura yidis perdida y miembro de una generación, que rechazaba el dogmatismo de sus padres; durante la década de 1990 yo diría que eran liberales progresistas.

En 2017 Larry llevaba cerca de veinte años editando la revista; él y el consejo querían pasar el trabajo a un equipo más joven. *Jewish Currents* tuvo entonces la suerte de recibir una gran donación de Perry Rosenstein, el patriarca de la Puffin Foundation. Perry pertenecía a la primera generación, había nacido en 1926, hijo de migrantes, veterano de la Segunda Guerra Mundial y maestro. Cuando después de la guerra le incluyeron en la lista negra por su trabajo a favor de los derechos civiles, entró en el negocio de los cierres metálicos e hizo una fortuna. *Jewish Currents* le había ofrecido un hogar en ese momento y él quería proporcionar financiación para poder relanzar la revista durante unos años. El consejo editorial de *Jewish Currents* incorporó a Jacob a pesar de que no tenía ninguna experiencia; en aquel momento era un militante sindical en el sector hotelero de Nueva York que les engatusó diciéndoles: «Yo conozco a la comunidad que necesita esta revista». La comunidad era nuestra generación, que estaba rompiendo con Israel mientras percibía su propio judaísmo de una manera diferente debido al ascenso del nacionalismo blanco de Trump. Jacob estaba buscando a gente a la que incorporar al proyecto y entonces nos conocimos.

En aquel momento yo había estado trabajando intensamente contra lo que Israel estaba haciendo en Palestina, sobre todo realizando trabajos artísticos y culturales con IfNotNow. Por otro lado, me parecía que estábamos alcanzando los límites de la fórmula de la acción directa: sufrir arrestos y bloquear las instituciones del *establishment* judío-estadounidense. Yo necesitaba más espacio intelectual. Junto a un amigo empezamos a pensar en poner en marcha una nueva institución de la izquierda secular judía, que tuviera una base física. Pero cuando me encontré con Jacob, me dijo: «No, yo tengo eso. Es *Jewish Currents*. Venid aquí». Eso hicimos y cuatro de nosotros nos incorporamos a la revista. Inicialmente era una estructura no jerárquica, pero evidentemente en una publicación eso se vuelve rápidamente muy caótico. Así que al año y medio establecimos una jerarquía y desde entonces soy la editora jefa de la misma.

La edición de Jewish Currents es atractiva; tiene la capacidad de sorprender. ¿Qué clase de formación obtuvisteis de la vieja guardia?

Ninguno de nosotros tenía ninguna formación específica en este ámbito. Yo tenía un master en escritura creativa y algunos amigos del curso me pedían que editara sus manuscritos. Estaban teniendo ofertas de grandes editoriales, que realmente han dejado de efectuar ese trabajo de edición de sus contenidos y yo había surgido como una cierta autoridad en los talleres del master. Pero a pesar de que no sabía nada específicamente del sector editorial propiamente dicho, siempre captaba lo que el artículo quería comunicar y sabía cómo conseguir que finalmente lo hiciera. Cuando estábamos contratando editores en *Jewish Currents*, esperaba que los artículos entregados para editar estuvieran adecuadamente estructurados y sus frases bien elaboradas y construidas: si era sí, entonces incorporaba a su autor a nuestro equipo. Pocos de ellos tenían una verdadera experiencia editorial. Pero mi cálculo era que, si sabían cómo organizar su propio trabajo, entonces eso significaba que tenían un sentido interno de la estructura expresiva, y si eran redactores cuidadosos, probablemente podrían editar. Y esto demostró ser cierto. Así es como contraté prácticamente a la totalidad de quienes se incorporaron en ese momento a la revista, especialmente al principio.

Así pues, básicamente éramos un grupo de gente que colectivamente no tenía ninguna experiencia propiamente dicha en la edición de una revista. En algunos aspectos esto suponía una dificultad, porque

constantemente estábamos reinventando la rueda, pero ello también nos daba libertad, dado que no cargábamos con la mochila de haber trabajado en *The Atlantic* o haber estado de becarios en *The Nation*. No había ninguna presión para llegar a un cierto número de clics. Nadie sabía qué era posible con *Jewish Currents* o si íbamos a encontrar una audiencia, así que simplemente podíamos tratar de sacar las cosas adelante. No tardamos en crear un sistema de reuniones, concebidas a modo de retiros, un par de veces al año en las que podíamos leer cosas juntos. No eran necesariamente trabajos que quisiéramos publicar —leíamos a Levinas, por ejemplo—, sino textos que tenían una calidad de la que queríamos hablar, buscando una manera de pulir un pensamiento colectivo alrededor de nuestros principios editoriales y lo que valorábamos en la revista. Los retiros han cambiado un montón a medida que hemos ido creciendo; ahora somos alrededor de quince. Pero todavía tenemos ese punto de contacto donde pensamos de manera colectiva.

¿Tu experiencia política personal, esto es, haber crecido en un entorno sionista y haber roto posteriormente con él, es típica de la mayoría de la gente que trabaja en Jewish Currents?

Sí y no. En primer lugar, tenemos una persona en el equipo editorial que no es judía, sino india, cuya vía de entrada en la revista ha sido el análisis de los procesos paralelos registrados entre el sionismo y la *hindutva* [hinduismo, nacionalismo hindú supremacista]. Así que eso también está presente. Hay gente cuya experiencia es más parecida a la mía, pero también los hay con padres no sionistas, que puede que celebraron su *bar* o *bat mitzvah* (ritos judíos de paso a la madurez en la adolescencia) sin que ello fuera no obstante la cosa más importante de su vida. Hay gente que no tenía previsto ser un «judío profesional» en este contexto y llegaron gracias al trabajo político de la revista, lo cual también afecta a las discusiones internas entre aquellos que tienen un mayor compromiso con esa educación comunitaria y los que no lo tienen; ese es otro eje de la conversación.

¿Cuáles dirías que son los principales puntos de referencia intelectuales de la revista?

Esa es una buena pregunta. No estoy segura de poder responderla, porque no estábamos organizados alrededor de una tendencia política, sino en torno a un eje diferente: la judeidad. No es como *Endnotes*, donde todo el

equipo piensa dentro de un marco concreto. En nuestro caso, Claire, por ejemplo, tiene sus raíces en las tradiciones feministas radicales negras. El interés de Nathan se dirige hacia Kafka, Bruno Schulz y Gershom Scholem, así como, hacia el misticismo judío de la primera mitad del siglo pasado. Nora se interesa por las instituciones de la izquierda, por cómo interactúa la izquierda con las instituciones existentes y construye las suyas propias. Mari puede traer la energía de un grupo de lectura de *El capital* a las discusiones sobre el panorama institucional judío. Alex aporta años de rigurosa información sobre la política de Israel-Palestina y Estados Unidos. Aparna trae su conocimiento sobre la historia del trabajo y el canon decolonial, Fanon y demás autores y autoras. Maya, su conocimiento de los textos judíos. Tanto Daniel, nuestro nuevo editor, como Jacob, el anterior, tienen sus raíces en una cierta clase de tradición organizativa que se remonta a Alinsky. Todo el mundo trae sus propios intereses particulares. Eso es lo que hace que la revista sea lo que es.

Hay una fuerte dimensión cultural. ¿Cómo equilibráis la cultura y la política dentro de la revista?

Siempre pensé que la cultura tenía que ser una parte fundamental de la revista, porque es una de las maneras de incorporar a un proyecto la plenitud de la vida; algo similar a lo que sucedía con los sindicatos, que tenían más éxito cuando contaban con espacios que también tenían un uso recreativo y alimentaban diferentes partes del deseo por la vida cotidiana real. Siento lo mismo respecto a la revista. En esa esfera puedes hacer diferentes tipos de trabajo político, que no puedes hacer directamente en un puro informe o en un ensayo analítico. Pensando en ello contraté a gente para la que la cultura era importante; y eso es lo que en parte da forma a la sensibilidad de la revista. Aunque muchos de esos editores que vinieron para hacer un trabajo cultural ahora estén editando informes, su hogar está en otros tipos de pensamiento. La revista incorpora más artículos culturales que la página web; siempre tiene un elemento artístico, trabajos de ficción, poemas o ensayos fotográficos. Hemos publicado una serie de fotografías y recuerdos de lectores palestinos, que muestran su experiencia de la *Nakba*, para conmemorar el septuagésimo quinto aniversario del exilio. Hemos publicado obras de ficción judías traducidas del polaco, del yidis, del ladino y del español, así como páginas de Hélène Cixous y Paul Celan, además de un comic de Anne Carson sobre el encuentro de Celan con Heidegger.

Jewish Currents ha puesto de relieve la experiencia palestina de diversas maneras. Publicasteis un artículo fundamental sobre las bases colono-coloniales de las políticas de apartheid de Israel, recurriendo al trabajo de Fayez Sayegh y otros estudiosos del viejo Palestine Research Center, en el que se pedía la devolución de la tierra y la redistribución de la riqueza a la población palestina, así como también una rica hornada de nuevas contribuciones sobre estos temas². ¿Qué concepción de lo que podría ser un acuerdo equitativo sirve de base a este trabajo de la revista?

Yo no diría que todo el mundo en la revista comparte una visión detallada a largo plazo sobre esta cuestión, pero nuestro trabajo está fundamentado en una concepción que privilegia la plena igualdad ante la ley, el derecho palestino al retorno y las reparaciones. Aunque la fundación del Estado de Israel tenga un carácter colono-colonial, muchos de estos colonos eran a su vez refugiados y en la gran mayoría de los casos no existe ninguna metrópoli a la que puedan regresar; esta constatación también orienta nuestras ideas sobre qué podría ser un «acuerdo equitativo». Aunque las acciones genocidas del Estado de Israel amenacen cualquier esperanza de evitar la partición permanente y de compartir la tierra, personalmente esas son las líneas políticas que respaldo.

En el momento inmediatamente posterior al 7 de octubre de 2023, escribisteis un editorial pidiendo que el dolor por los muertos israelíes no se metabolizara políticamente contra los palestinos³. Retrospectivamente, ¿cómo ves la evolución de Jewish Currents después de esa fecha? ¿Cuál fue el abanico de reacciones dentro de la revista? ¿Cuáles fueron los principios o pautas que definisteis para abordar la situación creada?

Hemos estado gestionando un montón de diferencias dentro del grupo. Había desacuerdos sobre lo que significaba tener una audiencia judía en medio de este estado de cosas, así como sobre qué significaba basarse en la subjetividad judía en un momento en que, para todos los demás, esa subjetividad no es el punto fundamental, aunque siga teniendo una gran influencia sobre la política de la situación. La cuestión del duelo

² Noura Erakat y John Reynolds, «Understanding Apartheid», *Jewish Currents*, 1 de noviembre de 2022; Tareq Baconi, «The Trap of Palestinian Participation», *Jewish Currents*, 10 de febrero de 2023; Kaleem Hawa, «The Nakba Demands Justice», *Jewish Currents*, 14 de mayo de 2021; Peter Beinart, «Teshuvah: A Jewish Case for Palestinian Refugee Return», *Jewish Currents*, 11 de mayo de 2021.

³ Arielle Angel, «We Cannot Cross Until We Carry Each Other», *Jewish Currents*, 12 de octubre de 2023.

por las víctimas se volvió extremadamente politizada. La cuestión de cómo expresamos y no expresamos ese duelo fue algo muy controvertido dentro del grupo, creo que más que cualquier otra cosa. Hubo un acuerdo mucho mayor en que nuestra posición no iba a ser la de condenar los ataques de Hamas. Pero la cuestión del duelo se convirtió en el pararrayos. No puedes impedir que la gente muestre su dolor, intentar hacerlo puede acabar engendrando respuestas reaccionarias. Creo que nuestra responsabilidad era modelar una forma de expresar el duelo, que no pudiera ser cooptada por el Estado israelí y su maquinaria de venganzas. En un determinado sentido, esta cuestión sigue viva, no en relación al duelo, sino en lo que atañe a una subjetividad judía que de diversos modos se diferencia de la respuesta en general afectiva de un movimiento dirigido por palestinos. He estado pensando mucho sobre cómo podemos gestionar y valorar los sentimientos en la política, tanto de judíos como de palestinos: cómo y cuándo los expresamos o creamos un espacio para ellos; dónde convergen sus crudas exigencias con preocupaciones éticas y estratégicas, y dónde divergen de ellas. Pueden ser una poderosa manera de mostrar solidaridad o pertenencia en distintas direcciones, pero su función y sus consecuencias políticas tienen que considerarse caso por caso.

En los últimos nueve meses habéis publicado una larga serie de reportajes desde Gaza. ¿Podrías decirnos en qué ha consistido la cobertura que habéis hecho?

Los dos primeros meses nos centramos específicamente en los reportajes. Publicamos textos escritos por palestinos y palestinas desde Gaza y Cisjordania, que explicaban lo que estaba sucediendo. A menudo lo hacíamos a través de gente que mandaba mensajes de audio que nosotros traducíamos. En Cisjordania hemos estado trabajando con Maya Rosen, una escritora que lleva muchos años implicada en el movimiento de solidaridad con Palestina y muchos de los textos procedentes de allí vinieron a través de su red. Sobre qué podíamos informar se volvió más fundamental para nosotros, en parte porque en un momento en el que no estábamos necesariamente de acuerdo entre nosotras, por lo menos podíamos tratar de obtener respuestas a algunas de las preguntas que nos hacíamos. Eso parecía más responsable que salir con, por ejemplo, alguna polémica información sobre las supuestas agresiones sexuales cometidas el 7 de octubre, antes incluso de que pudiera efectuarse cualquier investigación en profundidad.

También publicamos artículos más largos, como el ensayo de Linda Kinstler sobre la manera en que las atroces imágenes del 7 de octubre habían sido utilizadas como propaganda asimilándolas al Holocausto; sobre películas como *#NOVA*, que se alejaban de los trabajos de documentación para convertirse en justificaciones para la guerra. En un encuentro abierto de *Jewish Currents*, Linda también dirigió un coloquio con estudiosos del genocidio sobre la utilización del Holocausto como arma por parte del gobierno israelí en el contexto de su absoluta destrucción de Gaza. Publicamos un análisis de la cobertura realizada por la televisión israelí, de cómo omite sistemáticamente las muertes de la población palestina; también un ensayo sobre la justicia de la demanda original del movimiento a favor de los rehenes: «Todos para todos». Publicamos un comic sobre la campaña de carteles de los rehenes y los momentos de conflicto con la gente que los rompía, junto a una explicación más amplia sobre el papel que estaba desempeñando esa campaña. Sacamos un precioso ensayo de la escritora palestino-estadounidense Sarah Aziza sobre el deber imposible y sobre los límites de contemplar los horrores en Gaza⁴. Muchos de estos artículos fueron reunidos en un texto sobre el 7 de octubre que publicamos para suscriptores a principios de 2024.

También pusimos en marcha un sistema de edición que en mi opinión ha mantenido la dialéctica en el seno de la revista y que nos ha permitido trabajar las posibles diferencias existentes que podían suscitar determinados textos a la hora de su publicación. Si había un artículo que sabíamos que era controvertido, asignábamos un lector comprensivo y otro escéptico para que ambos lo editaran. De cualquier forma, todo lo editamos en equipo, pero con los textos que nos producían cierto temblor se elegían los editores conscientemente en función de cómo se sentían respecto a ese determinado planteamiento.

¿Funcionó?

Sí. Cuando discutimos en abstracto es mucho más difícil, pero cuando estamos trabajando con una frase resulta más fácil. El proceso sigue siendo agotador y no siempre llegamos a un acuerdo perfecto, pero

⁴Linda Kinstler, «Weaponization and Denial», *Jewish Currents*, 10 de abril de 2024; Elisheva Goldberg, «What the Israeli Public Doesn't See», *Jewish Currents*, 7 de febrero de 2024; Dan Berger, «The Abolitionist Logic of “Everyone for Everyone”», *Jewish Currents*, 1 de diciembre de 2023; Sarah Aziza, «The Work of the Witness», *Jewish Currents*, 12 de enero de 2024.

encuentro que somos más capaces de sacar las cosas adelante trabajando sobre la página. Reservamos los artículos analíticos para temas en los que estamos mayoritariamente de acuerdo. Sacamos un artículo que intentaba hacer una valoración seria del antisemitismo, tratando de separar lo que realmente supone este de las utilizaciones indiscriminadas de esa categoría; hemos publicado unos cuantos artículos en esa línea. Publicamos un ensayo de Raz Segal titulado «A Textbook Case of Genocide». Creo que fuimos la primera revista en la que un estudioso del genocidio llamaba genocidio a la destrucción de Gaza por parte de Israel.

En la NLR tenemos un persistente desacuerdo sobre si el término «genocidio» es el más adecuado para describir el bombardeo israelí de Gaza. Un aspecto de ese desacuerdo es el fundamento a partir del cual se eligen los términos: ¿deberían ser estos lo más poderosos posibles emocionalmente hablando para construir un movimiento de las mayores dimensiones posibles y para reclutar a la mayor cantidad de personas posible para nuestro bando? ¿O deberían ser analíticamente lo más precisos posibles, porque esa es la contribución más útil que puede hacer una revista de ideas? Desde ese punto de vista, la elección de los términos en función de su carácter alarmista es una mala política.

Yo estaría de acuerdo con que el alarmismo no es un fundamento para la política, pero también pienso que hay una buena razón para utilizar el término. Una de los puntos más importantes sobre el genocidio en la Convención de Ginebra es la cuestión de la intención. Actualmente es imposible contemplar la sociedad israelí, desde el estrato más bajo al más alto, sin constatar una abrumadora expresión de intención genocida. La denegación de alimentos, agua y ayuda médica para crear unas condiciones en las que la vida no pueda existir, es de nuevo consistente con uno de los pilares de la Convención de Ginebra. Así que no pienso que el término sea alarmista. Está muy claro cuál es la intención y resulta obvio que se está poniendo en práctica. Nuestra postura sobre ello se ha basado en las conversaciones con estudiosos de los fenómenos de genocidio auspiciada por *Jewish Currents*, entre los que se cuentan Segal y Omer Bartov. Segal escribió muy pronto un artículo para nosotros, viendo qué cariz incontrovertible estaban tomando las cosas. Bartov afirmó en un principio, que todavía no se trataba de un genocidio pero que lo sucedido estaba camino de serlo; ahora considera que sí se trata de un genocidio.

Sin embargo, el texto de la Convención de Ginebra sobre el genocidio fue desvirtuado bajo la presión de las grandes potencias. Fue promovido aduciendo los fundamentos más honrosos por Raphael Lemkin, un jurista judío-polaco, cuya familia había sido exterminada por completo. Pero en 1948 Estados Unidos había empezado a blanquear a antiguos asesinos nazis para fortalecer un gobierno alemán prooccidental durante la Guerra Fría y en consecuencia la redacción del texto fue debilitada de manera que una u otra cláusula podía aplicarse a todo o a nada. La «intención» es claramente difícil de probar en términos legales, incluso dejando de lado la cuestión de si esta es o debería ser un crimen. En Núremberg, los asesinos pudieron afirmar que ellos estaban obedeciendo órdenes.

Bueno, podemos decir que es una mala normativa, pero la legalidad está hecha de palabras. A tenor del derecho internacional, el genocidio es una palabra apropiada susceptible de ser utilizada. Y aunque la intención sea difícil de probar, eso es lo que realmente hace que el caso israelí sea de alguna manera único. Constantemente, una y otra vez, los israelíes nos están diciendo lo que pretenden hacer. La demanda de Sudáfrica alegando genocidio incluye montones de páginas de este tipo de declaraciones.

Es indiscutible que en estos momentos existe un deseo generalizado por parte de Israel de exterminar a la población palestina masivamente. Pero parece que los responsables del aparato militar y de seguridad siempre han reconocido que no tienen capacidad para hacerlo, matar no a cuarenta mil personas sino a ocho millones. En vez de ello, desde la Nakba su estrategia ha sido «expulsar», una táctica aplicada durante mucho tiempo a los judíos europeos. La política absolutamente incontrovertible de Israel de «expulsar» incluye desde el hostigamiento y el ejercicio del terror permanentes practicados en Jerusalén Este y Cisjordania, a las demoliciones de casas, los arrestos y la tortura; la resistencia frente a esta panoplia de comportamientos se topa primero con la corrupción y, cuando esta fracasa, con el asesinato. Uno de los problemas de la acusación de genocidio es que parece que excluye la mayor parte de estos comportamientos, esto es, el horror de lo que realmente se está haciendo.

Eso es cierto, si hablas de un genocidio a gran escala, mecanizado. Pero desde luego, de nuevo a tenor del derecho internacional, no es una cuestión de a cuánta gente matas. De hecho, podrías matar a mucho menos de cuarenta mil personas y todavía, a tenor del derecho internacional, ser culpable de genocidio. La Convención de Ginebra habla de «total o parcialmente». Así que, de nuevo, se trata de la interpretación de la ley.

Pero, ¿no necesitaríamos entonces otro término para hablar de lo que les sucedió a los armenios y a los judíos europeos?

Yo respondería que ha sido muy poco útil dotar de un carácter excepcional al Holocausto y que, por el contrario, tenemos mucho que ganar, si tratamos de encontrar continuidades y entender las modalidades en que este no fue solo un acontecimiento excepcional, sino que también implicó procesos que de diferentes formas se registraron en otros lugares, a pesar de que estas nunca van a presentarse exactamente del mismo modo. Parte del problema con el término genocidio, si se aplica de la manera que planteas, es la idea de que casi por definición no puede repetirse. Pero, ¿cuál es el valor de un concepto que no puede aplicarse a cualquier otra situación, cuyo umbral de aplicación es tan elevado que no puede desencadenar ningún tipo de presión internacional para evitar que se produzca? Y, de hecho, eso es lo que está ocurriendo: el umbral es tan elevado que no puede hacerse ninguna presión real. Aquí es donde nos encontramos con dificultades, donde el campo de los estudios sobre el genocidio y el derecho internacional se encuentran con dificultades también. Si este es el único criterio, entonces no hay nada que «lo cumpla». Y entonces nos vemos justificados en nuestra inacción y tampoco logramos ver el horror de lo que está sucediendo delante de nuestros ojos ni los mecanismos básicos que están desplegando sus efectos.

No es exactamente que no haya nada que «cumpla» los criterios de genocidio como exterminación. Ese nivel se ha alcanzado una y otra vez en el Nuevo Mundo o en África con el exterminio total de pueblos indígenas por parte de los colonizadores. En 1850, bajo el dominio estadounidense, la población indígena de California fue reducida en un 80 por 100 durante la «guerra de exterminio» del gobernador Burnett. Habrá quien sugiera que también habría riesgo de minimizar la resiliencia de los palestinos, la cual se le ha atragantado una y otra vez al establishment israelí.

Pero la palabra no describe ese proceso, esa es una métrica completamente independiente. La resiliencia de los palestinos no tiene ninguna relación con lo que su persecución ha significado y con aquello a lo que se asemeja. El hecho es que Israel tiene una política coordinada para obtener la mayor cantidad de territorio poblado por la menor cantidad de palestinos, lo cual puedes conseguir de dos maneras, mediante la limpieza étnica y mediante el asesinato. Israel ha tomado básicamente la primera vía, junto al despliegue de procesos de coacción para que la gente

se marchara. Pero ahora estamos asistiendo a la segunda opción, hay un esfuerzo deliberado para por lo menos reducir la población de Gaza, para «liquidar el gueto». Cuando leí la historia del genocidio de la población nativa americana perpetrado en Estados Unidos, sentía que estaba leyendo historia palestina. La escala temporal forma parte de ello, cuánto tiempo exigió ese proceso y cuáles fueron los diferentes momentos en que los nativos americanos se reagruparon y contraatacaron para luego verse de nuevo expulsados étnicamente y diezmados. Ahora tenemos una situación en Gaza en la que ha aparecido la poliomielitis y el hambre: alrededor de un millón de personas están en estado de inanición.

Sí, de acuerdo, necesita una palabra. Otra posición claramente mantenida en la NLR es que no podemos hacernos ninguna ilusión de que el derecho internacional despliegue un término que describa el proceso y los actos de colocar en la diana a un pueblo en tanto que tal y tratar de socavar las condiciones de su existencia continuada en el tiempo.

Sí, ante todo ese es mi punto de partida. Aduje el argumento del derecho internacional, porque cuando hablamos de terminología para mí es una cuestión de presión internacional, lo que podría y debería pasar cuando utilizamos esa palabra. Hay algunas evidencias de que nuestras actuaciones pueden afectar al Tribunal Internacional e influir sobre él de maneras útiles. Pero sí, también estoy de acuerdo en que el genocidio se relaciona con la cuestión de simplemente describir lo que estamos viendo.

El jurista palestino Rabea Eghbariah sostiene que la palabra de hecho es *Nakba*. Eghbariah escribió un artículo sobre esto para la *Harvard Law Review*, que fue retirado y publicado seguidamente por *The Nation*. Más tarde escribió otro artículo más largo para la *Columbia Legal Review*, que optó por cerrar su página web en vez de publicarlo; tras las protestas, fue abierta de nuevo. El argumento de Eghbariah, que yo encuentro convincente, defiende el desarrollo de un marco legal que articularía la *Nakba*⁵.

En otro frente, causasteis un buen revuelo este verano entre algunos viejos sostenedores de Jewish Currents –y entre bastantes de sus lectores– al añadir una nueva sección a la lista de lecturas para el Shabbat, que envía la revista

⁵ Respectivamente, Rabea Eghbariah, «The Harvard Law Review Refused to Run This Piece About Genocide in Gaza», *The Nation*, 21 de noviembre de 2023; Rabea Eghbariah, «Toward Nakba as a Legal Concept», *Columbia Law Review*, vol. 124, núm. 4, mayo de 2024.

cada viernes: un pequeño comentario de esa semana sobre la parashá, esto es, sobre cada una de las cincuenta y cuatro partes en la que se divide la Torá para facilitar su lectura semanal, que en esta ocasión consistía en una lectura del Pentateuco, de la que extraías creativamente un significado anticapitalista o favorable a la paz. La discusión sobre esto en vuestro podcast produjo una estimulante serie de razonamientos sobre el papel de la religión, el sionismo y el secularismo en la cultura judía en la que vosotros y vuestros interlocutores os esforzasteis al máximo⁶. Mitch Abidor, traductor de Victor Serge y desde hace mucho tiempo crítico en Jewish Currents, manifestó sentirse enfermo ante la vista de las parashás, en la práctica una traición a la razón de la Ilustración. Tamar Zinn y Judee Rosenbaum señalaron que la revista siempre se había mantenido alejada del misticismo religioso, considerándose un foro para la comunidad judía secular, que se entrelazaba con el resto del mundo y que sacaba su inspiración de la historia y cultura judía secular⁷.

Contra estas tomas de postura, tú y Nathan Goldman sosteníais que el «mundo judío secular» había fracasado en reproducirse a sí mismo; la situación que heredaba vuestra generación se caracterizaba, por el hecho de que la movilidad social ascendente había llevado al asimilacionismo en el seno de las estructuras de poder estadounidenses ligadas a los grupos de la población blanca. Como señalaba Nathan: «El sionismo y el americanismo son los dos nacionalismos gemelos presentes en el corazón de lo que se ha convertido la judeidad estadounidense». Raffi Magarik, autor de algunos comentarios de las parshahs, sostenía que el secularismo ha dado lugar a un nacionalismo más chovinista que el que podría haber soñado cualquier rabino premoderno⁸. Sobre la cuestión de la identidad, tu rechazaste con rotundidad la fórmula de Mitch, «Soy judío, porque soy judío». Tu respuesta fue: «Simplemente eso no es suficiente». Sostenías que a medida que la situación mundial se volvía cada vez más amenazadora, las dimensiones éticas o espirituales de las cuestiones conflictivas se volvían más acuciantes.

Yo diría simplemente que aquí se pierde algo cuando lees la transcripción en vez de oír el *podcast*, porque la historia en los acentos de Mitch y Judee significa mucho en esta discusión. El hecho de que ellos tengan un fuerte acento judío de Brooklyn y nosotros no; ello en sí mismo forma parte de la conversación.

⁶ Arielle Angel, Nathan Goldman, Judee Rosenbaum y Mitchell Abidor, «Religion, Secularism and the Jewish Left», *On the Nose Podcast, Jewish Currents*, 6 de junio de 2024; transcripción disponible.

⁷ Tamar Zinn, carta en *Jewish Currents*, verano de 2024.

⁸ Carta en contestación al artículo de Arielle Angel, «Loving Jews», *Jewish Currents*, verano de 2024.

Entonces, ¿quedaste convencida por alguno de sus argumentos?

¡No, desde luego que no! En primer lugar, creo que este tema se ha descontrolado; las *parashás* constituyen unos pocos centenares de palabras entre los miles que *Jewish Currents* publica cada semana. Es una conversación interesante, pero quieren que nos aferremos a algo que ya ha pasado. En última instancia es sobre la mortalidad, ¿no? Nadie quiere admitir que el mundo al que pertenece está muerto o moribundo. Pero yo no puedo vivir en ese mundo. Ya no existe. También tengo esta pelea con mi amigo y colega Devin Naar, que quiere que yo sea una embajadora de la vida sefardita y la cultura ladina. He sido privada de esto. La cantidad de trabajo que supondría habitar de nuevo ese mundo no es posible. Quiero abordar lo que está sucediendo ahora, no determinado tipo de proyecto de recuperación. Para Judee en particular, el secularismo no se refiere necesariamente a una ideología o a un determinado planteamiento, sino a una comunidad específica dotada de sus propias costumbres y referencias culturales; una comunidad que ha completado en gran medida su ciclo. Pero el hecho de que tengamos diferentes puntos de referencia está bien; es el modo en que la historia funciona.

Sin embargo, ¿no hay algo de cierto en la crítica de Mitch que afirma que los comentarios son demasiado fáciles, «utilizar el muñeco de la religión judía como haría un ventrílocuo» para hacer que diga cualquier cosa que tú quieras que diga? Por ejemplo, el comentario de la semana pasada sobre la parashá devarim sacada del Deuteronomio, omite la mayor parte de la lectura en la que el Señor les dice a los israelitas: «Mirad, pongo la tierra a vuestra disposición. Marchad, tomad posesión de la tierra, que Dios prometió a vuestros padres», exhortándoles a la lucha. En vez de ello, el comentario de Jewish Currents saca ingeniosamente una crítica del determinismo económico partiendo de una pasajera alusión al oro y la plata. Pero, ¿hay algún lugar en los comentarios de las parashás donde se vea un rechazo directo de las supuestas palabras del Señor, no solo declarando que son absurdas, sino que son un absurdo grave y peligroso, que está siendo utilizado por el movimiento de los colonos para justificar el asesinato y la expropiación en Cisjordania?

Estoy de acuerdo con Mitch y sus palabras sobre la posibilidad de convertirnos en ventrílocuos de un determinado texto, hay algo de cierto en esa crítica. No siempre me quedo satisfecha con «la lectura a contracorriente» de las *parashás*; creo que va a hacer falta un tiempo para que este grupo de gente encuentre el equilibrio adecuado. Una cosa es que seas una voz

disidente, que lleva esa lectura a un contexto convencional. Pero en un contexto de izquierda en el que en cierto sentido esa lectura se da por sentada, tienes que elaborarla un poco más. Estaría de acuerdo en que una manera de leer esa historia es presentar esta preciosa parábola económica y otra es lidiar con la conquista o la historia. Y también tratamos de hacer eso. Maya Rosen escribió un artículo sobre la fiesta de Purim tratando de afrontar el mandamiento bíblico de «destruir» a la nación de Amalek, considerada el enemigo del pueblo judío, en medio de un genocidio que en algunos ámbitos ha sido justificado precisamente en esos términos. Maya ha estado preguntándose cómo asimilamos las lecturas que no nos gustan, no solo las que sí lo hacen⁹. Y yo creo que necesitamos explorar más intensamente esa vía. Nadie está diciendo que la lectura progresista sea la correcta, que los colonos o los sionistas religiosos estén actuando en contra de los valores judíos. Ellos están expresando sus valores judíos y nosotros los nuestros. No hay nada inherentemente moral en ninguna religión; decir otra cosa es en sí misma una forma de excepcionalismo.

¿Cómo situarías a Jewish Currents en el panorama de las revistas de izquierda existentes en Estados Unidos?

Jewish Currents tiene muchas cosas en común con la hornada de revistas, que han aparecido recientemente y que se organizan en torno a las cuestiones de la identidad: *Acacia*, un novedoso periódico musulmán de izquierda; *Lux*, la revista socialista-feminista; *Hammer and Hope*, que es una revista negra de izquierda. Todas estamos tratando de utilizar una cierta clase de identidad para enfrentarnos al mundo y para hacerlo de una forma que no sea esencialista y que vaya en contra de algunas de las ortodoxias de la propia política liberal de la identidad. Inicialmente, algunos pensaron que íbamos a ser simplemente la $n+1$ judía; pero los proyectos son fundamentalmente diferentes. *Jewish Currents* está profundamente definida por su deseo de desempeñar una función comunitaria, mientras que $n+1$ tiene un cometido mucho más amplio.

La revista parece tener un sentido bastante claro de quiénes son sus lectores. ¿Cuál ha sido tu experiencia sobre el crecimiento del número de lectores desde 2018, cuando debían ser un grupo muy pequeño?

Esto es interesante. Realmente no pienso que tengamos una imagen muy clara de quiénes son nuestros lectores. Y, de hecho, estos han cambiado

⁹ Maya Rosen, «Facing Amalek», *Jewish Currents*, 22 de marzo de 2024.

un poco desde el 7 de octubre de 2023, cuando seguramente hemos alejado a una parte de nuestros lectores judíos. Nos llegan muchas opiniones de gente que no encontró exactamente la nota de duelo que esperaba en la cobertura que hicimos del 7 de octubre. Y al mismo tiempo ganamos un montón de lectores que claramente no son judíos, pero que se sitúan a la izquierda y que recientemente se han interesado por Israel-Palestina. La respuesta a la pregunta de dónde está el corazón de la revista es que es un corazón vivo: queremos ser una revista que se dirige a una izquierda amplia, pero también somos la única que puede dirigirse a una comunidad judía que actualmente está en crisis. Estas dos cosas no están siempre en tensión; algunas veces podemos hacer ambas cosas de manera cómoda. Pero cuando sí lo están, entonces creo —y esta es una discusión actual entre nosotros— que muy frecuentemente tenemos que poner en primer término a nuestra comunidad para asegurarnos que seguimos desempeñando el papel que otros no pueden hacer.

Si esa función comunitaria diferencia a Jewish Currents de n+1, quizá también la diferencia de Dissent. En cierto sentido hay muchos paralelismos entre las dos; Jewish Currents era una publicación comunista de la vieja izquierda, Dissent era una publicación de la nueva izquierda democrático-socialista; casi hermanas. ¿Ha sido no obstante diferente el proceso de sucesión intergeneracional?

La cuestión con *Jewish Currents* es que el linaje del que desciende se vio brutalmente interrumpido por el macartismo y después disuelto todavía más en 1956. La comunidad judía de Nueva York había estado extremadamente comprometida con el trabajo sindical y el activismo comunista; el macartismo y la traición del partido hicieron un minucioso trabajo para destruir todo eso. Y la orientación universalista de la comunidad significaba, que no estaban pensando en transmitir el judaísmo como tal. La gente que fundó *Jewish Currents*, o la gente a la que entonces se encomendó hacerlo, no produjo un nuevo estrato listo para heredar la revista. Ese es un linaje roto. Así que nos dieron verdaderamente la revista sin imponer condiciones.

Tiene sentido que tuvieran que legarla a una nueva generación que huía del *establishment* judío-estadounidense, porque esta era la gente que iba a preocuparse de hacer un trabajo interno entre la comunidad judía además de comprometerse críticamente con el mundo en general. Y esa ha sido una de las cuestiones que ha animado a la revista, inyectando una tensión creativa al proyecto: ¿qué significa mantener una encarnación de la vida y la identidad judías? ¿Cómo podríamos imbuirlas de un significado real, político y de otro tipo? ¿En qué forma merece sobrevivir?